

Sumisión y disimulo: conformación y cuestionamiento de los roles femeninos en el siglo XIX a través de la prensa en España

Carolina Pecharromán de la Cruz

Esta intervención adopta como marco la configuración occidental de roles de género durante el siglo XIX, poniendo especial atención en la construcción de rasgos que conducen a la anulación de la personalidad, el fingimiento y la aceptación sin protesta de una realidad impuesta como características imprescindibles para un correcto desenvolvimiento en la sociedad y como valores de la mujer aceptable. Nos centraremos en el caso español con algunas referencias a nuestro entorno europeo.

La literatura decimonónica multiplica discursos que establecen los criterios de los roles de género tanto para hombres como para mujeres. El adaptarse a las características de lo que es deseable para cada género supone un paso necesario para la aceptación social e incluso la felicidad individual, según se deduce más o menos explícitamente de estos textos. En el caso de las mujeres, detectamos una presión compleja para que se despojen de su identidad personal y se despersonalicen para adoptar las características de personajes estereotipados. Ello supone abandonar o esconder el carácter, las inclinaciones, las aptitudes, los deseos e incluso las opiniones o la reacción y actuación naturales ante los actos de los demás: silencio, fingimiento y aceptación que convertirán a las mujeres en seres intercambiables sin distintivos individuales y destinadas a amoldarse a los deseos de los hombres y las exigencias de la sociedad.

En este trabajo nos centraremos en la prensa y especialmente en la dirigida a un público objetivo de mujeres, sea esta prensa femenina redactada por mujeres o por hombres. La liberalización de las leyes de imprenta en España tras la muerte de Fernando VII abre la oportunidad para que aparezca todo tipo de publicaciones, también cabeceras dirigidas a mujeres y escritas por hombres como *El Correo de las Damas*, *La Mariposa*, *La Guirnalda*, *El Álbum del Bello Sexo*, *el Defensor del Bello Sexo* o *El Buen Tono*. Esta última sería una excepción en el panorama general, ya que se dirigía tanto a mujeres como hombres, incluyendo grabados de moda masculina. Aportaba una perspectiva poco convencional, con informaciones sobre escuelas de instrucción de señoritas y artículos sobre la importancia de la moda para la industria y la economía de países como Francia o Inglaterra.

A partir de los años 40 aparecen otras cabeceras, que encuadraríamos en el tipo de prensa femenina de modas y salones y en las que empiezan a aparecer firmas femeninas, como *La Moda* (1841), *El Cupido* (1848), *Gaceta del Bello Sexo* (1851), *El Correo de la Moda* (1851), *Álbum de Señoritas* (1852), Asimismo estudiamos algunos ejemplos de la considerada prensa familiar. Esta prensa especializada se desarrolla tardíamente en

España y toma como modelo los antecedentes publicados en Inglaterra y Francia principalmente.

Consideramos de interés analizar todo tipo de textos, tanto los artículos que explícitamente pretenden establecer doctrina sobre moralidad o sobre usos y costumbres, como los relatos por entregas que -bajo el paraguas de la ficción- también proponen modelos positivos o negativos de comportamientos y actitudes.

Uno de los géneros más populares en las primeras décadas del siglo XIX es el de los manuales de buenas maneras. A medida que avanza el siglo, cada vez más gentes necesitaban una orientación que les ayudase a desenvolverse en medios sociales nuevos para ellas. Es el ejemplo de las clases acomodadas, tamizado por la moral burguesa, el que conforma lo que en la época se conocía como el “buen tono”. Para comportarse de acuerdo con esos modelos y merecer la acogida en sociedad, hay normas que se deben seguir. Ese marco alcanza también al modo de vestir, a lo que contribuye la proliferación de grabados de modas con propuestas de vestidos, tocados, complementos, etc. Es una manera de establecer la corriente de moda, en esta época previa a la fabricación en masa, que uniformiza en la medida de lo posible el atuendo de mujeres y hombres.

Podríamos decir que las recomendaciones para acercarse al modelo normativo de mujer giran en torno al concepto de moderación. En cuanto a su atuendo, la mujer modélica será elegante y se arreglará con cuidado, pero al mismo tiempo de forma sencilla, sin estridencias ni lujo excesivo. Se recomienda en definitiva una forma de presentarse físicamente que anula las expresiones de individualismo tachándolas de excentricidad.

Respecto a su comportamiento, la mujer modélica también será discreta y se situará dentro de una zona de anonimato social, sin llamar la atención de ningún modo. La joven mostrará su belleza de forma recatada, de modo que nadie pueda sospechar de su honestidad según los estándares del momento. Se incide una y otra vez en el silencio respetuoso que deben guardar las jóvenes cuando hablan las personas mayores y las mujeres en general cuando hablan los hombres. Podríamos resumir las cualidades deseadas en las mujeres en una dulce mediocridad que cuide a los hombres y les alegre la vista sin molestarles. ¿Qué sucede cuando las mujeres tienen cualidades o conocimientos individuales por encima de ese estándar establecido? Se les aconseja, de nuevo, callar y disimular dichas aptitudes e incluso sus propias ideas. El disimulo se muestra como un elemento fundamental para conseguir ser aceptada y finalmente casarse. La sumisión es la baza aconsejada para mantener el matrimonio.

Tomemos un ejemplo en Francia, anterior a la existencia de publicaciones femeninas en España. En 1821, *Le Journal des Dames et des Modes* publicaba un texto muy significativo en el que una anciana tía desgrana sus recomendaciones a una joven que va a debutar en sociedad en el baile de un embajador. Como es huérfana de madre, la joven Coralie busca en ella consejo para saber conducirse. La señora la pone en aviso de los peligros del qué dirán sobre su fama: « Avec votre fortune, voire jolie figure et vos talents, vous pouvez espérer, ma bonne amie, d'avoir des succès dans la société; cependant ils seroient empoisonnés par la jalousie des femmes et la médisance des hommes ».

Le aconseja que su modo de vestir y arreglarse sea elegante y sencillo, evitando un exceso de adornos o un arreglo demasiado suntuoso. Va más allá y le aconseja sobre sus gestos y su modo de comportarse. “Un regard fixe dénote un caractère hardi et hautain, de même que des yeux toujours baissés, annoncent un esprit faible, ou une éducation peu soignée. Tâchez de vous tenir dans un juste milieu».

Reconoce que las mujeres tienen pocas oportunidades de expresarse en público y hacer ver sus opiniones, pero no critica esto, sino que le aconseja para transmitir discretamente sus posiciones respecto a lo que dicen los que sí pueden hablar -los varones- y, al mismo tiempo alagar la vanidad de los hombres que han emitido su opinión:

“...elles peuvent applaudir par un coup-d'œil ou un sourire à ceux qu'elles entendent. Ne négligez pas celle manière facile de flatter l'amour propre de ceux qui vous entourent. L'esprit que vous admirerez en eux, vous sera généreusement accordé, et votre réputation sera faite, sans que vous ayez eu besoin d'ouvrir la bouche ».

La anciana tía le indica de qué puede hablar y cómo: espectáculos, música y bellas artes en general, pero sin afectación ni pedantería; evitando ante todo términos técnicos más propios de un hombre. Cuando se habla de política, debe evitar emitir la opinión propia

Podríamos tomar esta carta como un ejemplo de lo que irá replicándose en España en décadas posteriores. Encontramos artículos y relatos en los que se habla de forma negativa de la sabiduría y autonomía de la personalidad en las mujeres -o por lo menos de su expresión pública-, al mismo tiempo que se recomienda una cierta formación para ejercer sus deberes como madres y esposas. También leemos discursos en los que las actitudes recomendables tienden siempre a la sumisión a las decisiones y comportamientos de los varones, especialmente los maridos, incluso cuando los intereses más básicos de las mujeres son vulnerados.

Por ejemplo, en una de estas primeras publicaciones, *El Correo de las damas* en 1833, en el artículo “De la literatura en las mujeres”, se expone:

“Tan insufrible sería para nosotros hacer vida común con una marisabidilla, como con muger que solo hubiese hojeado el libro del gasto, ó que solo supiese dar hijos á su patria. Ahora si se trata de una muger autora, la mejor, la mas hermosa, pierde infaliblemente todo su encanto , dedicándose á la profesión de escribir”.

El autor niega que esto sea por envidia o reacción del amor propio del hombre y recurre al argumento de la belleza femenina y el papel de la mujer como musa inspiradora y no como autora inspirada que encontramos tantas veces después. Si la mujer es autora, explica: “abdica un imperio; desciende un escalón por lo menos de su trono; viene á ser el sacerdote, cuando era el dios; cae al rango de poeta, pudiendo ser la misma poesía”.

Añade incluso rasgos físicos supuestamente ligados a la escritura y que afearían a la mujer haciendo que no sea susceptible de provocar amor: gestos en el rostro, ojos enrojecidos por quedar en vela, dedos manchados por la tinta... El castigo está claro:

“A tan triste costa vende la fama sus favores á las mugeres, que se han visto muchas de extraordinario talento y de rara belleza pasar su vida entera sin haber sido queridas ni aun deseadas. Efectivamente, cuando el corazón de una muger se ha franqueado sobre el papel, cuando no hay en él misterio alguno de que pueda uno esperar ser único poseedor, ¿dónde está el valor de su conquista?”.

Vuelve al tema de la musa y la inspiradora al asegurar que la verdadera poesía que puede producir una mujer se vierte en sus ojos. Reconoce que hay mujeres de talento a las que una irrefrenable vocación arrastra a cultivar su entendimiento. A ellas las diferencia de las que buscan el reconocimiento, a las que condena. Y, aun así, tendrán que escoger entre escribir y el amor, o cultivarse y escribir, pero en silencio y ocultándolo:

“La que sienta en su interior el sublime arranque del genio, renuncie al amor para abrazar la gloria. Las demás bellas, sí han de seguir nuestros consejos, adornen, sí, su entendimiento, pero no le sacrifiquen nunca el corazón; no emboten, no ahoguen en la lectura su sensibilidad exquisita; sepan que han nacido para amar y ser amadas, no para leer y ser leídas; pasen en buen hora la mitad de su vida en leer, si ha llegado á ser para ellas una funesta necesidad, pero pasen la otra mitad en ocultar lo que han leído : que su instrucción, desleída en su conducta y en su conversación amena y sencilla, sea otro de sus encantos ocultos y misteriosos”.

En *La Silfide* en 1845, se publica el artículo “Si es no ventajoso para una mujer el estudio de las ciencias y la literatura”. En forma de carta dirigida a una joven “hija mía”, de clase media y destinada a casarse con un hombre de la misma condición, afirma que él exigiría de ella el conocimiento de las tareas y materias que hicieran de ella una buena esposa. Comienza aconsejándole no aplicarse seriamente ni en ciencias ni en literatura, primero por “falta de tiempo” al tener que priorizar los asuntos relativos al hogar y, además, porque no le iban a servir para nada en su tarea de ser buena madre y esposa:

“Está probado, por lo contrario, que las ciencias, lejos de contribuir á que las mujeres se perfeccionen, las apartan mas bien de su principal objeto y las esponen a que se conviertan en pedantes, fastidiosas, negligentes y por consiguiente desgraciadas”.

En esta condena de actividades que no sean específicamente las del hogar incluye la música y la lectura:

“Un esposo razonable y cuyo corazón desee la unión y felicidad de su familia, necesita una compañera que le ausilie y le distraiga, y no una literata que le fastidie con sus observaciones, y dará su preferencia sobre todas las conversaciones científicas y discursos mas eruditos, á una cuenta bien arreglada, y no trocará por la mas brillante reputación literaria, el aseo y economía de su mujer”.

La supuesta señora que escribe, no obstante, asegura que condena el abuso, pero no la instrucción y aquí viene de nuevo el consejo del disimulo. Anima a las jóvenes a seguir su inclinación por el estudio y su talento si sus condiciones lo permiten, siempre y cuando lo escondan: “procurando ahogar el deseo de lucir lejos de tu esfera”. Con símiles muy

elaborados y en nombre de la “modestia”, advierte además de la condena social que puede conllevar intentar alcanzar la fama o brillar por su producción literaria:

“Los celos, la crítica, la murmuración y la envidia, se desencadenan contra ella, y para un corazón sensible y un carácter pundonoroso, vale más el aprecio que la fama. Una palabra, un gesto de desaprobación, te haría mil veces más daño que cuantos bienes pudiera ofrecerte el orgullo satisfecho”.

El fin para “el que ha sido creada” la mujer es hacer feliz a su esposo, educar bien a sus hijos y gobernar la casa con acierto. Por tanto, si es capaz de cumplir adecuadamente con estas funciones se ganará el aprecio y elogio de su familia y la sociedad entera.

El artículo “La Modestia” de Rogelia León en *La Violeta*, resume en 1863, muchos de los estereotipos que estamos mencionando y señala claramente la diferenciación entre la mujer modélica -en este caso de nuevo una joven todavía soltera- y la mala mujer. La doncella debe parecerse a la violeta y tener las características que se le adjudican a dicha flor: modestia y sencillez, además de otros términos como recato, encanto, naturalidad, humildad, pureza... Debe evitar tomar como modelo a su contrario, la mujer mala:

“¡Cuánto nos duele ver desenvoltura y ademanes libres en la inexperta juventud que por primera vez pone su planta en el escalón de los placeres y se lanza frenética en las sociedades á imitar tan solo aquello que ni siquiera debiera mirar!”

Esa desenvoltura y esos ademanes libres son de la mujer que brilla en los salones y se adorna con lujo, pero no sólo. La mujer mala habla con todos los hombres por igual, es coqueta y reparte miradas. Supuestamente esa mujer tiene éxito y por eso las jóvenes pretenden imitarla, según León, que niega que esto sea realmente así. “El hombre sigue por orgullo á esa mujer porque es la envidiada en los salones y la que nunca se fija ni somete su capricho á la ajena voluntad”, pero se cansa enseguida de ella y busca la sinceridad de un corazón puro, según la autora. Así pues, indica a las jóvenes que encontrarán el amor, el marido, conduciéndose con la modestia con la que titulaba el escrito.

Encontramos muchos artículos y relatos en los que se insiste en que el verdadero poder de la mujer sobre el hombre reside en acercarse a ese modelo de mujer esencial, bondadosa, digna y virtuosa, que puede con su ejemplo y conducta aconsejarles y guiarles por el camino del bien, ya que ellos son presa de sus pasiones y arrebatos o de su propio genio intelectual y egoísmo, que les alejan de la moralidad al uso. Si ellos dictan las leyes, ellas pueden instaurar usos, costumbres y tradiciones y perpetuarlas. En su actitud está el mantener el modelo de familia burguesa y educar a sus hijos e hijas en los preceptos de la moral. Esta maternidad moral adquiere incluso tintes patrióticos como sostenedora del orden social.

Los estereotipos se transmiten también a través de las novelas o relatos por entregas, como sucedía también en la prensa femenina de Francia e Inglaterra. Algunos de estos relatos, de hecho, son traducciones. En el *Correo de las damas*, en 1834, el cuento “Adela” contrapone dos figuras estereotípicas: la esposa inocente y fiel y la “viuda joven, hermosa,

ligera y coqueta”, Mistris Belmours. Esta se propone conquistar a Carlos, marido de Adela, que en principio la ignora. Lo consigue utilizando tretas manipuladoras de fingimiento, como bajar la mirada simulando “timidez y ternura” cuando él la mira o dándole la razón en todo cuando él habla, de modo que él se siente halagado. También le atrapa con otras artes, lisonjeándolo, ocupando su imaginación primero y su corazón después. ¿Cuál es la actitud que debe tomar la buena esposa cuando se da cuenta de que su marido está con otra? Paciencia, resignación y no quejarse: “El cielo no formó á las mugeres amables y persuasivas para que fuesen ásperas: que no las hizo débiles para que fuesen imperiosas: que no las dio la voz dulce para que dijese injurias; ni facciones tan delicadas para que las desfigurase la cólera”.

Una noche que la amante le envía recado de que no se podrá reunir con él, Adela intercepta el mensaje y ocupa su lugar. Cuando se descubre ante Carlos, él queda paralizado, pero ella en lugar de echarle en cara su comportamiento y abroncarlo, le trata con dulzura y humildad. El resultado es el arrepentimiento del infiel:

“Carlos mudo se arroja en los brazos de Adela... él esperaba quejas y ha sido vencido por su dulzura: júrala que nunca ha amado á otra, que solo la vanidad le ha extraviado alguna vez, que acaba de arrancar la venda que cubría sus ojos, y que aquella es su primera y última infidelidad. Adela le perdona, y un dulce beso sella su reconciliación”.

En otros relatos de esta época encontramos cómo ese modelo moral de la mujer, su paciencia, dulzura y resignación, consiguen que vuelva a la senda correcta el marido que se arruina por su afición por el juego, el que se aburre de la vida conyugal e incluso abandona a la mujer en el hogar para sumergirse en la vida social, etc.

La Silfide en 1844 dedica una serie de artículos a la “Misión de la mujer en el mundo”, en los que se van desgranando esos estereotipos de género que hemos citado más arriba: madre abnegada, esposa dedicada, motor de la civilización, educadora de los hijos, etc.

El retrato de la mala mujer sigue apareciendo una y otra vez como contramodelo del que hay que huir. Además de inmoral, provoca la perdición en los hombres. *El Álbum de las familias* se publica en 1866 el relato “El suicidio. Una lección para tontos”. Describe los fingimientos de una niña de quince años que busca un marido rico. Para no estar sola, no parecer poco interesante y captar un novio conforme a sus deseos, finge amor por un muchacho. Al aparecer un pretendiente rico, abandona al joven novio fingiendo de nuevo que le ama, pero que se ve obligada a casarse con otro por imposición paterna. Ella finge por interés también amor por el viejo rico que se convierte en su esposo. El joven, desesperado, termina intentando suicidarse. Las novelas por entregas de *El Álbum de las familias* van en la misma línea que las publicadas por revistas familiares inglesas desde la década de los cuarenta, como *Family Herald* o *London Journal*.

La misma revista publica “Consejos higiénicos para las madres”, serie firmada por el Dr. López de la Vega. Entre dichas recomendaciones también figura la sumisión: “Por eso, oh mujer, no dejes nunca de ser dócil, humilde, modesta, amante y cariñosa con tu esposo y con tus hijos, pues más ganarás para ellos y para ti con ternura y tolerancia, que con

rigor y altanería”. Y, en la misma línea del relato “Adela”: “Llora con amor, sonríe con dulzura, reprende con suavidad”.

Por otro lado, esta misma revista refleja las contradicciones de la época, ya que es la primera que hemos encontrado impresa por mujeres, publicita que está compuesta por la Academia Tipográfica de Señoritas dirigida por Javiera Morales desde 1865 y en sus páginas se encuentran múltiples escritos que abogan por una educación más completa y práctica para las mujeres.

Publicaciones como *Ellas* (1851) o *La Mujer* (1851-1852) habían desafiado esta corriente, pero en los años finales del reinado de Isabel II se produjo una involución. No obstante, las plumas de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Sofía Tartilán, Matilde Cherner o Concepción Gimeno volvieron a desafiar al sistema. En la restauración borbónica habrá ya una nueva generación de revistas no activistas, pero que -sin enfrentarse directamente al estereotipo de la mujer modélica- publicarán artículos con una perspectiva diferente, que calificaríamos como feminista moderada. Es el caso de *Flores y Perlas* (1883-1888), dirigida por Pilar Sinués. La periodista, con trayectoria desde los años cincuenta y que había dirigido *El Ángel del Hogar* (1865-1868), incluye ahora artículos como “Nuestros privilegios” de Carolina de Miguel, “La culpa es de ellos”, de Natividad Rojas o “El qué dirán. A la señorita doña Carolina de Soto y Corro”, de Gregoria Urbina, entre otros, que plasman esas presiones sociales que han ido pesando sobre las mujeres.

En 1888 encontramos un texto que nos da cuenta de cómo se han asumido todas estas imposiciones sociales de las décadas anteriores: un artículo de Matilde Cherner que recogemos en la versión publicada tras su fallecimiento. “Profesión de fe” es un raro ejemplo de escrito feminista a través del cual podemos ver las consecuencias de esa renuncia a la propia personalidad en pro del modelo de mujer aceptable y aceptada de la que venimos hablando. Es concretamente la temática que habíamos encontrado ya en el *Correo de las damas* en 1833 sobre la problematización de la producción intelectual femenina.

Se trata de una ficción en la que se encuentran dos amigas. Una de ellas es una mujer casada joven, bella, rica, escritora de éxito que se siente humillada por el desprecio con el que su marido ha recibido su último libro, al que las críticas han alabado unánimemente. La otra también es escritora y, precisamente, explica que se ha quedado soltera de forma consciente para no tener problemas si mantenía su carrera literaria: “La mujer comparte y debe compartir los triunfos de su esposo; el marido, créeme, se siente siempre humillado de los que alcanza su mujer, si son en esferas distintas de aquellas en las que la sociedad permite brillar a nuestro sexo”.

Para ser libre y desarrollar su potencial intelectual y literario, evitando al tiempo el fingimiento, ha tenido que adoptar una postura radical, renunciar al amor y el matrimonio:

“No soy yo, es el mundo el que les concede esas atribuciones que no pretendo exagerar, y á las que he procurado sustraerme permaneciendo soltera [...] Para aprestarme á la lucha horrible que la escritora ha de sostener con el mundo, me despojé de todas las debilidades

aparentes que tanto gustan a los hombres y tantos atractivos nos prestan a sus ojos, renunciando, no siempre sin pesar, al prestigio que dan la belleza, la frivolidad y la elegancia”.

Cabe destacar que la escritora casada es de clase alta, rica, como tantas otras que podían permitirse transgredir ciertas normas desde la época de la Ilustración gracias a su posición social. Aun así, reconoce que la sociedad en general y los hombres en particular, premian a las mujeres que confirman con su comportamiento la supuesta inferioridad femenina:

“Los hombres sufren mejor el dominio de una mujer inepta que el de una ilustrada, y hasta hallan más agradable la sociedad frívola de las mujeres ignorantes que la de aquellas que pueden comprenderlos y discutir con ellos”.

Son sólo algunos ejemplos de los contenidos que se pueden ir rastreando en la prensa de la época. Existe una gran cantidad de cabeceras de prensa femenina, de redacción y dirección más mayoritariamente ejercida por mujeres a medida que va pasando el tiempo. Es interesante comprobar cómo van conformando los conceptos y las imágenes modélicas de cada momento y cómo, dentro de sus mismas páginas, se intenta subvertir algunas de ellas o abrir los ojos frente a imposiciones sexistas. Todavía queda trabajo por hacer en este sentido en un género que en la historia del periodismo se ha considerado como menor y, por tanto, poco digno de análisis.